Todo es un axioma, i vertiriamos otros muchos que á cada paso se nos presentan; mas concluiremos protestando, que el Pueblo Josefino como los demas es nuestro hermano: que aunque traisionamos al Gobierno i á las Leyes injustamente, estamos arrepentidos, que en lo subcesivo desoiremos las voces de los malos turbadores del orden, i de la paz; que estos serán perseguidos i denunciados para su escarmiento; que por la quietud publica, por el bien comun i por la obediencia á las autoridades seremos victimas pero dichosas, por que con nuestra sangre sellaremos la felicidad de nuestras familias i de la posteridad.

Alajuela Dic. 13 de 1835.

Silvestre Ramos Alcalde 1º = Bruno Acosta 2º = Pio Quinto Quesada 3º = Por el Barrio de la Ciudad = Antonio Castro = Por el de la Concepcion = Juan Liborio Erra = Por el de Alajuela = Juan Conitrillo = Por el de Puas = Cayetano Gonzales = Por el de Caracas = Pedro Santamaria = Por el Rio Grande = José M. Gonzales = Por el de las Ciruelas = Faustino Alpizar = Por el del Ojo de Agua = Juan de Dios Fernandez = Por el del Río Segundo = Francisco Alfaro = Por los Targuaces = José Manuel Perez.

*Imprenta de la Merced*

---

# Defensa de Carrillo

## Primera Parte

## El hombre y la época, a la luz de la filosofía cristiana y de la ley del progreso

Por Emmanuel Thompson

Con afecto, al General Volio.

**"...anhelo vivamente porque se me numere entre los hombres de bien.—CARRILLO, Manifiesto de Guatemala.**

Se ha escrito mucho y se ha discutido todavía más sobre don Braulio Carrillo. El último número de la *Revista de los Archivos Nacionales* que, dirigida pór el General Volio, se ha colocado a la vanguardia de las mejores en su género, dedicado al ilustre mandatario, ha tenido la rara virtud de conmover a la opinión pública. Hombres de rancio abolengo intelectual, como el ex-presidente don Ricardo Jiménez, entre otros, han asumido en esta coyuntura la posición

franca y decidida de enemigos de Carrillo, al que colocan sin más ni menos entre los dirigentes de estructura totalitaria. Al decir de don Ricardo Jiménez, Hitler y Mussolini no son sino aprovechados discípulos de aquél mandatario costarricense, y los que—como en el caso nuestro—, admiramos a aquel hombre, conociendo lo que él hizo, "nacistas en el fondo de nuestro espíritu".

Estas palabras, por venir de quien vienen, uno de los repúblicos que mayor actuación ha tenido en los destinos de los últimos años de la República, mueven a seria reflexión, y en cierto modo a defender la memoria del forjador de nuestra República, porque al defenderlo, hasta donde ello sea posible, nos defendemos nosotros mismos del grave cargo que envuelven las palabras de don Ricardo Jiménez. A este propósito bueno será decir que si para ello fueran necesarios todos los números de la *Revista de los Archivos Nacionales,* estarían empleados útilmente, porque nada puede ser más importante y trascendental en la vida de una nación joven que esclarecer, con el amparo de la luz de la verdad y de la justicia, la intención y los actos de nuestros gobernantes. Si la exposición de la historia no despertara discusiones, aun cuando a veces la pasión se desborde, si los llamados a conducir los destinos de un pueblo, hicieran caso omiso de sus enseñanzas, tendríamos que ella sería infructífera y se convertiría en vasto sarcófago de cosas muertas e inútiles.

Ha hecho, pues, bien el General Volio en dar a luz una serie de valiosos documentos en torno al grande hombre, y ha hecho bien, por su parte, don Ricardo Jiménez en refutar leal y sinceramente lo que él piensa que es lo justo. Pero nosotros que no calzamos tan altos quilates intelectuales ni políticos como estos dos distinguidos contendedores, ¿estamos en el derecho de intervenir en el debate? Opinamos a este respecto que no es, propiamente, un derecho el que nos asiste para dar este modesto juicio sobre Carrillo, sino un deber como ciudadanos de solidarizarnos con lo que reputamos justo y conveniente. Los grandes escritores y los pensadores insignes no deben quedar solos cuando hablan, sino que requieren un público que los escuche y los secunde. Si esto no ocurriera, ¿para quién entonces hablan los conductores de muchedumbres?

Este es, pues, nuestro caso, y sin ánimo de erigirnos en líderes de ningún rebaño, sino más bien en el de exteriorizar nuestra opinión, vamos a meter alguna lanzada en este glorioso torneo. Los escuderos ayudaban con frecuencia a los caballeros en sus épicas batallas: eso hacemos nosotros, y nada más.

Hay frases sueltas en las exposiciones y defensas de Carrillo que despertaron nuestra simpatía y nos hicieron, desde hace muchos años, mirarle con interés. En el banco de la Escuela, cuando al escribir sobre él, mirábamos aquella su fisonomía serena, bondadosa y hasta ingenua, con su frente alta, abovedada, que respiraba imaginación y talento, sentimos que estábamos en presencia de un hombre superior. Pero más adelante, al ahondar en la historia, nos conmovimos de veras siguiendo el proceso de sus luchas e inquietudes. Cuando se le argüía de tirano, recordábamos que él decía: "Los pueblos me obedecían sin violencia, porque, cosa rara, cien hombres apenas guarnecían todo el Estado, y esta voluntad popular expresada tan espontáneamente me convencía de su con-

tento, base indisputable de toda legitimidad y verdadera esencia de la libertad civil".

Y pensábamos que un tirano ni se defiende, abrumado por el peso de sus iniquidades, ni explica con tanta franqueza la suavidad de su gobierno. Se le acusaba de ambicioso, y venían a nuestra memoria otras palabras suyas: "Mis principios fueron y serán siempre fijados en bien del pueblo, por quien me sacrifiqué tantas veces ..." O estas otras: "Tal vez cuando esto escribo, se me habrá lanzado para siempre de mi patria y obligádoseme a elegir otra: todo el mundo lo es del hombre, que en su buena conducta lleve los títulos de estimación y aprecio de sus semejantes: y con tal que el Estado (*se refiere a Costa Rica*) encuentre en este procedimiento el germen de su felicidad, yo me consolaré del sacrificio, recordando que eso mismo deseaba tanto cuando tuve la honra de darle crédito y prepararle los cimientos de su futuro bienestar".

Se le catalogaba de atrabiliario y mezquino, y nos acudían sus frases, sin reproche, ni odio, empapadas en humanidad y humildad: "No fuí angel; era hombre y debía tener grandes defectos e incurrir en errores". "Qué más se quería? ¿Qué fuese impecable? Esto, solamente, saliendo de las manos del Creador; y aún así, habría tenido los defectos del Rey Profeta".

Se le negaba todos sus alcances de estadista—quien ha sido sin duda el más visionario de todos los que en Costa Rica han brillado—, y pensábamos que nadie mejor que él señaló los verdaderos y trágicos perfiles del movimiento morazánico en el país: "Sangre, dolor y lágrimas se os ofrece, dije a los costarricenses, en la copa dorada de la libertad". Por lo que más tarde, sin solazarse del error cometido, dice a sus compatriotas: "En tiempo del General Morazán se fijaron los decretos de contribución en la puerta de las casas con graves penas si de ellas desaparecían; y se cometieron otras violencias, que jamás vieron los Costa-ricas en ninguno de los dos períodos de ese que llaman tirano. Recientemente, no se establece el más activo espionaje, se anima a la perfidia, a la calumnia y al asesinato? Qué fenómenos! qué anomalías! tan monstruosas! los que libran al Estado del tirano, cometen excesos que aquel ni soñara?

Y comparando y analizando lo que en torno de Carrillo se argüía, sentimos que, a través de la densa capa de prejuicios que envolvía su nombre, se hallaba el hombre, que aun no se había revelado en su verdadero aspecto, pero que llegaría un día, en que, como él lo intuiyó, las nuevas generaciones habrían de hacerle justicia, cumpliéndose sus palabras: "Si, yo viviré siempre a pesar de mis enemigos, en el corazón sensible de los costarricenses ..." y "Si yo hice bien, todo el poder del hombre no bastará a convertirlo en mal, ni la justicia divina lo consentirá ..."

Decía Marat, que toda revolución consiste en quitar a los de arriba, para ponerse en su lugar los de abajo. Esta sentencia que condensa el sentir práctico de un hombre de acción, envuelve, asimismo, una filosofía más honda: que para llevar a cabo una obra de urgente trasformación social que redunde en beneficio de la humanidad no es posible, siempre, observar los impedimentos constitucionalistas, inventados por los hombres, porque a través de ellos a veces se

ocultan ciertos poderosos intereses emanados de las oligarquías gobernantes. Hácese, pues, preciso, y, en ocasiones hasta indispensable, el empleo de la fuerza, de la violencia, para destruir el sólido refugio de la iniquidad y de la injusticia que suelen parapetarse en estas circunstancias tras los cánones instituídos, seguras que allí no irán a desalojarlas los espíritus respetuosos y amantes del orden establecido. Es entonces cuando los pueblos, en su ignorancia, defienden, con la mejor intención del mundo a sus mismos burladores. A ellos podría aplicarse aquella reflexión de Jerónimo de Praga, cuando camino del suplicio, al contemplar a los aldeanos hacer leña para su hoguera, exclamó: "Oh, sancta simplicitas!"

Y Cristo argüía que el Reino de los Cielos sufre violencia, con lo cual daba a entender que la virtud requiere el empleo de la energía contra la pasión; y esto mismo podría aplicarse a las relaciones de los hombres y de los pueblos, a los que, muchas veces es necesario hacer el bien—aunque cause escándalo admitirlo—, a la fuerza, contra la voluntad misma de quienes van a favorecerse. Si no fuera así, Lincoln no habría libertado a los esclavos, porque estos mismos—que tan acertadamente encarna un personaje de novela: el tío Tom—, se oponían a sus generosos ideales, siguiendo la voz de la inercia y del temor. Ni habría sido posible la conquista de México por aquel insigne hombre que respondía al nombre de Hernán Cortés, si no fuera porque en un decisivo momento quemó las naves en que pretendían regresar a España sus subordinados; ni la América habría sido descubierta si los Hermanos Pinzón no se imponen en alta mar, violentamente, a los prejuicios del terror y de la ignorancia; ni la civilización habría iluminado las tierras del Nuevo Mundo si España no hubiera amalgamado a su genio creador los defectos de su pasión y, en fin, la superstición, la desidia y el atraso imperarían entre las criaturas y sociedades humanas, si algunos espíritus superiores no las aguijonearan de tarde en tarde, con el espolón de su audacia y de su visión.

Si fuera posible congregar a todos los hombres de todos los pueblos y de todas las razas en un vasto anfiteatro, y concluir allí, mediante un pacto de recíproco interés y conveniencia, un acuerdo que regiría armoniosamente el trato y el interés entre los seres humanos, sin lastimar a nadie y beneficiando a todos, hasta los más débiles e incapaces criaturas, podría sostenerse que no era necesaria la violencia para empujar el carro del progreso y dar un poco de aceite a la lámpara de la civilización y limar un tanto los repugnantes colmillos de la inquidad. Empero, tal pacto de comprensión y altruismo entre los hombres ha sido imposible—y a pesar del "pacto social" de Rousseau—, juzgamos que nunca será factible. Y concretado así el problema, no existe más remedio que sacar del mal provecho, hasta donde pueda ser lícito, pues no quiere decir ésto, que el fin justifica los medios. Por lo cual, admitir esta triste realidad de nuestra condición humana, no supone, necesariamente, aprobar ni mucho menos ensalzar la violencia ni el irrespeto. Es admitir, paladinamente, la desnuda verdad de la historia, que nos exhibe a los hombres, tales como son y no como quisiéramos que fueran.

Y cuando se analiza de tal suerte la filosofía de la historia, lo que tiene importancia muy grande para comprender sin prejuicio y sin sombras la figura y la época de Carrillo, se llega a la positiva y poco romántica conclusión, que no hay hombres del todo impecables, ni monstruos exentos de virtudes, pues alguna fibra sensible vibra en lo más oculto de éstos. Y los hechos sociales, como producto lógico de los hombres, son de idéntica deducción. La Humanidad podría haber admitido desde un comienzo el *bien,* y ser perfecta. La escuela racionalista pretende hallar en el perfeccionamiento de la razón el *quid pro quo* de este laberinto, mientras la liberal—a cuya luz don Ricardo Jiménez ha enjuiciado a Carrillo hombre y gobernante—, se supedita a dejar que las cosas y los problemas se desenvuelvan libremente, hasta encontrar su cauce natural.

Ambas escuelas se encuentran equivocadas al tratar de explicar la historia y de ahí el errado juicio en que incurren sus adeptos al enfocar al problema. Porque no es cierto que la razón humana—que tantas aberraciones ha sufrido y sigue sufriendo—, sea la clave del progreso y de la justicia humanos. Ni es aceptable dejar una libertad absoluta a las fuerzas organizadas y astutas del mal, porque ello equivale—lo que pasa por alto la escuela liberal—, al renunciamiento del derecho de primogenitura que asiste a la justicia y al bien para imponerse y controlar los desmanes de la ruindad, doquier se halle.

La filosofía cristiana ni es tan optimista como la racionalista, ni tan despreocupada, tan cruelmente despreocupada, como la liberal. Porque todo lo ve a la luz reveladora de la acción de una Providencia divina en el desarrollo de la Humanidad. Admite, con efecto, que la razón ha sido oscurecida y el hombre ha perdido su bienestar perfecto, por los efectos del pecado original. Acepta que el hombre es susceptible de mejorarse y hace un deber sagrado la lucha a favor de la justicia; pero no puede admitir la premisa de que podrá, por el esfuerzo humano, instaurarse un paraíso sin mácula en este mundo—al que conceptúa como a un "valle de lágrimas—" tal cual sugieren las escuelas racionalistas y liberales y sostiene, desembozadamente, la escuela socialista. De aquí, que los que informamos nuestras investigaciones y conclusiones en la filosofía cristiana ni nos entusiasmamos ciegamente con un hombre o un sistema, ni abominemos en todas sus partes de los hombres, por malos que estos puedan haber sido, ni dejamos de estudiar con imparcialidad las épocas, por aciagas que éstas puedan ofrecérsenos, porque a través de sus tumbos, vamos viendo el hilo misterioso, pero visible de la acción de la Providencia que sabe extraer del mal, algo bueno.

La escuela liberal en que se inspira el destacado hombre público, don Ricardo Jiménez para atacar a Carrillo, es incapaz, a nuestro modo de ver, de justipreciar en conjunto la obra de aquel gobernante. Y no estaría de más advertir que es un poco impropio mirar a nuestros primeros mandatarios bajo el prisma de la escuela liberal. El Siglo XIX contempló su apogeo, pero el liberalismo no llegó a impregnar muy a lo hondo, saturándolos, a nuestros antepasados de los tiempos de la primera época republicana. Los grandes movimientos ideológicos apenas asomaban tenuemente en la incipiente democracia costarri-

cense. Los fundadores de la República se rigieron por principios que, si bien eran liberales en cuanto al fondo, entendiendo liberal en el sentido de amplitud política, seguían siendo en su aplicación conservadores, imbuídos de ideas religiosas y locales. El liberalismo político de transigir hasta con los sistemas que van contra la libertad humana y roban al hombre lo que hay más noble y sagrado en su conciencia, no habría sido entendido por nuestros antepasados que vivían y hacían vivir la libertad, pero que, al anochecer, rezaban su Rosario, se tomaban su chocolate y se acostaban temprano. Estos hombres eran duros, poco sensibles y hechos a la vida del trabajo constante; mas, sin analizarlo mucho y sin entrar a reglarse por esta o aquélla escuela, respetaban la hacienda del prójimo, cumplían su palabra, amaban la pequeña y pobre patria, se mostraban accesibles al influjo de la civilización y no les consumían vanas preocupaciones, pues yantaban y se alegraban sanamente. Eran conservadores en lo que se refiere a su religión y sus costumbres, pero se mostraban liberales en el trato con sus semejantes. Estos hombres echaron los cimientos de la República democrática y cuando leemos lo que pensaban y sentían los mismos clérigos de la época con respecto a una serie de problemas sociales, nos encontramos con sorpresa que sus soluciones podrían aplicarse hoy mismo en la morbosa sociedad de nuestra época.

Un hombre como Carrillo es un producto de la época. De ésta, que hablamos. Pero es una época de la que él extrae lo bueno, lo aplica, y va más allá. No estaba, en realidad, siguiendo los principios de determinada escuela. Ciertamente, Carrillo no es liberal. Todos los actos administrativos y políticos suyos respiran un aire restrictivo. Carrillo vela por la salud del pueblo que ha confiado en él, y vela con pasión. Nada se le escapa. El considera que su deber no consiste sólo en atender la rutina administrativa, sino que piensa que hay que darle fisonomía espiritual a Costa Rica. Y esto es para su conciencia de gobernante un sagrado deber. Todo en el presidente tiene ese sello inconfundible. Es enemigo despiadado de las camarillas y de las oligarquías que, lamentablemente han florecido malévola y frondosamente después; vigila con ojo avizor al especulador, al cortesano, al mal ciudadano. La acción del gobierno para él no es encerrarse, dentro de inaccesible parapeto, y desatenderse de la vida moral de sus gobernados, dejando que el diablo cargue con ellos, por cuanto tal o cual escuela dice que esto sea la pauta del mandatario. No, Carrillo se inmiscue en todo, porque considera que esta es su obligación, no porque sea un déspota.

Este proceder repugna a los liberales de nuestros días. Les parece no sólo arbitrario, sino ridículo. Y lo comparan con el fascismo que impera en la desdichada Italia, donde es cierto que el dictador interviene también en todo, pero no para que su pueblo trabaje, coma bien, esté libre de peligros y sea feliz, cumpliendo su vocación, sino para que se prepare para la guerra y la matanza. No son estas las miras de don Braulio Carrillo, el probo y sencillo presidente costarricense. El nos lo dice muy claramente: "Mi conducta pública y privada ostentaba constantemente una profesión de fe y política, fundada en la segunda parte de aquella hermosa máxima de Montesquieu, libro 9º, Espíritu de las Le-

yes; dice este filósofo: El espíritu de la Monarquía es la guerra y el engrandecimiento y el espíritu de la República es la paz y la moderación".

Y hay que tomar muy en cuenta las circunstancias del medio. ¿Qué es entonces la nación? Una familia reducida, unida por estrechos lazos de sangre, de intereses y de miras comunes. Hoy mismo lo es. Mas, bajo el mando de Carrillo ¿cómo era, por ejemplo, San José? Un pequeño villorio, donde todos se conocen y se tratan. El presidente no puede, aún cuando quiera, vivir desatendido de este chico rebaño. Se ve forzado a ir de oveja en oveja, para escuchar sus quejas y atender sus necesidades. Esto no tiene nada de ridículo ni es absurdo. Las circunstancias imponen esta conducta al gobernante: la de intervenir en todo y resolverlo todo. Porque no gobierna un país de doscientos millones de habitantes y en que se hablan ochenta idiomas distintos, como en Rusia, sino que es el presidente—jefe de una familia. Y es severo con sus desmanes, porque quiere verla sana, y salvarla de la anarquía. Y se hace difícil creer que lo odien los gobernandos, cuando, por la pintura que él mismo nos traza, con gran colorido, nos damos cuenta que no teme a nadie, y vive seguro del respeto y el cariño de su rebaño: "Tres años, diez meses, dirigí la marcha política de Costa Rica y nunca se desconcertaron los pueblos para deponerme, aunque no tuviera más fuerza que la del Estado, ni otros soldados que costarricenses. Cien hombres solamente guarnecían su vasto territorio con inclusión de puertos y fronteras; yo transitaba por todo él, sin un soldado; y las puertas de mi casa no estaban erizadas de bayonetas que siempre rodean a los tiranos: mi conducta y mi conciencia garantizaban mi persona y el pueblo mismo cuidaba de mi seguridad, donde quiera que estuviese".

Si don Braulio fué tirano, hay que reconocer que ningún tirano se ha defendido mejor de semejante cargo.

En el caso de Carrillo hay que admitir, para complacer a sus detractores, que se agitan diversos elementos: buenos y malos. Y debemos pesarlos, justicieramente. Para calcular si lo malo es más que lo bueno, o si ésto hace bajar abrumadoramente el platillo. Y como escritores que seguimos los principios enunciados antes, no nos guía el prejuicio de determinadas escuelas, sino que tratamos de ver al hombre tal como era, a través del lente de la filosofía cristiana, que lo toma todo en cuenta, que mira la época, aplaude la corrección del error, comprende la flaqueza humana y no cree que hayan seres inmaculados y ahonda en la intención que anima los actos del hombre.

Y puede traerse a colación que el escritor que se mueve dentro de la órbita de la filosofía cristiana de la historia, no se aferra, fanáticamente, a determinadas formas de gobierno, excomulgando sin piedad a quienes por una u otra causa no las han observado. Por lo general escruta más el fondo de los hombres que de los sistemas. Cuando un estadista eminente—el caso de Guardia en nuestra historia—, gobierna con arreglo a un sistema de gobierno que no es propiamente el de la alternabilidad en el mando, el historiador puede y debe criticar el perpetuamiento de aquella dictadura, pero eso en cuanto a la forma, que es accidental, mientras le cabe alabar el fondo de tal gobierno que, pesando sus

errores y sus aciertos, deja un margen considerable de beneficio para Costa Rica. Y cuando se compara lo que Guardia hizo en favor del pueblo con lo que otros gobiernos constitucionalistas hicieron o, mejor dicho, dejaron de hacer, se llega a la conclusión, sin convertirse, por eso, necesariamente, en un fascista o en un nazi, que la dictadura fué preferible al gobierno constitucional, porque, podría argüirse, entre otras cosas, la dictadura suprimió la pena de muerte y el gobierno constitucional la mantenía e imponía. De donde deducimos que son los hombres los que hacen los gobiernos, y no los sistemas los que hacen a los hombres. Aplauso y honor merecen aquéllos hombres que, enmarcados en el respeto a las instituciones y a los pactos consagrados, han hecho el bien, y son a los que, en primer término se les debe rendir el sombrero. Pero ¿cuáles y cuántos son estos hombres? ¿Dónde están los repúblicos inmaculados que han vivido apegados escrupulosamente a la Constitución, y más que a la letra de ésta, a su espíritu, como el caracol se adhiere a la concha que le protege? A la verdad, que podrían contarse con los dedos de la mano, porque hasta los que se enuncian como más fanáticos en su cumplimiento, aparecen violándola alguna vez. Y ¿en qué caso estarían los que, estrechados por la realidad exigente, viéronse precisados a pasar por alto la sacrosanta Constitución? ¿Podían estos varones apegarse a la letra, a la parte material, para atropellar el espíritu, ya que no era posible, cuando fué trazada aquella Carta adivinar todas las circunstancias y casos que habrían de presentarse en el futuro? Seremos en esto tan inflexibles y duros como aquel Inspector de policía que Víctor Hugo nos retrata tan sombríamente fiel a la ley en "Los Miserables"? Merecerán los hombres que actuaron, ateniéndose a los dictados de su conciencia honrada, que los condenemos egoístamente, cuando disfrutamos hoy de aquella decisión que ellos asumieron antaño, adivinando el futuro? No es ser un poco *simples* y quizá *malos* aprovecharnos de lo que ellos se decidieron a hacer, viril y visionariamente, y condenarlos por esto mismo, mirando al pasado? Si los hombres que salvaron a Costa Rica con su valerosa energía, afrontando resueltamente el juicio de la historia, no hubieran existido, es cierto que tendríamos en nuestro salón legislativo una vistosa y venerable galería de rancios personajes que se habrían sucedido monótonamente, a manera de respetables momias o estantiguas de un museo, sin ofender ni lastimar a nadie, pero sin hacer nada por el país, que tenían un deber de levantar. Ni habríamos tenido dictadores—que han sido entre nosotros más humanos que muchos gobernantes aferrados a la letra de la Constitución—, más, a cambio de tan singular beneficio seguiríamos enredados entre las mallas de la Ley de la Ambulancia y alumbrados con la candela de sebo.

No tenemos—debemos admitirlo—, odio contra los dictadores, como dictadores en sí, pues en ciertas circunstancias anormales Roma admitía al dictador como supremo remedio, sino desprecio por los dictadores ignorantes y crueles. Los dictadores costarricenses, Carrillo, Guardia e Yglesias, han sido en nuestro sentir los pioneros de nuestro progreso y los hombres que más profundas bases han cavado de nuestras instituciones republicanas y democráticas. Y esto, quizá, porque les animaba el soplo maravilloso del amor a su patria, que no es equitativo echar en saco roto.

No todas las revoluciones ni todos los golpes de estado han sido fecundos para la libertad y el adelanto de la especie humana; empero, no queda más remedio que admitir que los pueblos han necesitado de unas y de otros para avanzar en su oscuro camino. Observados los principios constitucionalistas—advirtiendo que fueran los más puros y provechosos—, podrían convertirse en los vehículos y motores del engrandecimiento moral y material de las naciones; no obstante sucede que los mismos hombres que los han instaurado, los burlan e irrespetan, y el pueblo no los comprende, porque obedece antes al derecho consetudinario y a sus pasiones. Las instituciones establecidas para el gobierno de los pueblos son por lo general, excelentes, pero los hombres las descomponen. Es en estas circunstancias anormales, cuando la Constitución duerme en el polvo de las bibliotecas, olvidada de todo mundo, cuando surje la revolución o el golpe de estado.

La revolución es la protesta del pueblo que se condensa en un movimiento contra la iniquidad erigida en el gobierno, o digamos más gráficamente, en el *desgobierno*. Con todo, a veces el pueblo—como durante la época de don Braulio—, no es lo suficientemente consciente para darse cuenta de sus necesidades y de lo que le conviene, y un hombre habla entonces por él, pues el pueblo siente sólo a través suyo, es como un niño que mira a los ojos de su madre, para actuar, y es en estas circunstancias cuando el hombre, tácitamente receptor de la voluntad popular, derriba al poder inicuo o atrasado.

La revolución y el golpe de estado, por lo tanto, si son distintos en la forma, son casi siempre iguales en cuanto al fin: el bienestar común. Lo que no quita que puedan haber golpes de estado exclusivamente personalistas, que no miren la ley antes enunciada, o revoluciones por completo equivocadas, que resulten dañinas, antes que provechosas.

Cuando se evoca la época post-colonial, que fué turbulenta, y donde las gentes, a pesar de su espíritu laborioso y sencillo, eran duras, quizá hasta crueles, de escasa sensibilidad, y rápidas a la asonada, se comprende que no es posible emitir un juicio imparcial y apropiado sobre don Braulio Carrillo, separándolo del medio, de su tiempo y de las ideas de sus coterráneos. Este es sin embargo, el proceder inapropiado que han seguido los historiadores liberales—con Montúfar por guía—, para enjuiciar a nuestro presidente. Y creemos que lo hacen así no sólo por pasión unionista, sino con algo de mala fe. A este respecto podría hasta alegarse que la personalidad política de don Braulio no ha sido lo suficientemente ahondada. Conocemos unos cuantos datos, varios decretos, entre ellos el pintoresco y escandaloso de la Ley de Bases y Garantías, que pone los pelos de punta a sus enemigos, empero habría que, como los buzos que exploran a cierta profundidad, admitir sensatamente que todavía existe un fondo desconocido respecto al hombre y al gobernante, que no ha sido escrutado con suficiente claridad, en lo más íntimo de su intención y de su conciencia. Y surgen preguntas inevitables. ¿Es posible que un hombre que amaba a su patria, con ese amor que Aristóteles colocaba al frente de todas las virtudes, fuera, traído al tapete de la discusión, en último término un tirano abominable, sediento de "purgas de sangre", cual nos dice don Ricardo Jiménez?

Lombroso nos descubrió la ciencia de la fisonomía. Para inquirir en el rostro de los delincuentes. Examinemos a la luz de esta novedad, el rostro de don Braulio. No nos detengamos en si sus ojos son de este o aquel color, porque esta ha sido piedra de escándalo ha poco, entre los eruditos; fijémonos, simplemente en su expresión. Son sencillos, francos y si se quiere bondadosos. No hay en sus rasgos nada que acuse al carnicero ni al hombre atrabiliario. Por lo contrario, entre más lo observemos sentimos la sensación de estar frente a una extraña y poderosa naturaleza, pero con perfecto dominio de sus facultades. Se le nota un varón reposado. Nada en él exhibe al mandatario alocado o descompasado. Sí posee energía su rostro. Es en cierta forma duro. Pero ¿esta dureza es sólo de don Braulio? ¿No es también la que presenta Costa Rica en general en este período del Siglo? Es un hombre de su tiempo, y no del nuestro.

Seguimos creyendo que faltan documentos que nos permitan corroborar la impresión que nos brinda su fisonomía de hombre bueno y magnánimo. Y no perdemos la esperanza que, así como han ido apareciendo algunos que nos lo van mostrando en su genuino y verdadero aspecto humano, se descubran un día las razones exactas que justifiquen su férrea actuación. Sin embargo, pensamos que no son, únicamente, documentos los que hacen falta para ir adelantando en esta exploración. Decía un pensador que para comprender a un grande hombre, hace falta otro grande hombre. En el caso de Carrillo se requiere por nuestra parte un poco de imaginación. ¿Por qué nó? Analizamos, fríamente, con una frialdad empapada en nuestra mala voluntad y en el prejuicio. No podemos desprendernos de determinadas preocupaciones, y sin darnos cuenta, asumimos el papel que tanto criticamos: el de la tiranía. No admitimos que un hombre pueda equivocarse de buena fe, ni aceptamos sus excusas, porque nos parece que nos miente. Ni queremos situarnos en la esencial atenuante de la época, porque sólo contemplamos con nuestros ojos del siglo veinte. Pretendemos ignorar la importancia de las circunstancias en los actos de un gobernante, cuando muchas veces hay que improvisar la ley, no con el sentido más humano y justiciero, sino con la pobre mentalidad del tiempo y las preocupaciones de los coterráneos. Y se nos olvida una regla del derecho común: que la intención decide en último término de la condena o de la absolución del acusado.

Volvamos a mirar al pasado. Estamos en 1835. Poco ha trascurrido de la Colonia. Todavía corren brisas españolas. Y no son por cierto balsámicas. Están hinchadas de gazmoñería, de ignorancia y de localismo. La huella de los inquisidores, de los alguaciles, de los gobernadores y de los alcaldes, se hace sentir aun. La colonia ha sido sustituída por la República, pero las gentes siguen viviendo en la colonia, como si no existiera aquella. Como decíamos antes, es una época que no tiene sabor ideológico y no conoce escuelas liberales. Hasta podría decirse que influyó más en la Independencia Bentham que la Enciclopedia. Ni siquiera esa Independencia ha sido conquistada por nosotros en los campos de batalla. Las gentes aceptan la república, cuyos principios no conocen, como habrían seguido aceptado la dominación castellana. Se oscila desde la adhesión a México, hasta la unión federativa con la gran Colombia. La primera sangre

que se vierte en Ochomogo sirve de bautizo a la naciente república. Se esparcen las ideas humanistas tales como la libertad de palabra por escrito, la abolición de privilegios y la esclavitud, y la democracia asoma débilmente su optimista faz. En esto trascurren los primeros balbuceos de la Independencia vivida. ¿Ha digerido el pueblo tales ideas y tal sistema? ¿Comprende, claramente lo que significa una Constitución y la observa con fidelidad? Evidentemente, no. Hay libertad de imprenta, pero casi no hay imprentas que difundan el saber. Hay libertad de palabra. pero los verdaderos oradores, son escasos. La esclavitud aparece abolida, mas las gentes son esclavas de sus preocupaciones y de la miseria, en un país, donde las cortezas de los árboles brindan el traje. No se reconocen privilegios, empero ya se marcan ciertos círculos, entre otros el monopolio de los letrados de la justicia, que amenazan convertirse en oligarquías succionadoras—verdaderos matapalos del arbol de la República que debe crecer libre, próspero y fecundo. Las ideas republicanas—no las llamemos liberales—, si bien son aceptadas por un sector que tenía su epicentro en San José, encuentran recia oposición en el resto del país, que se agita movido por los oscuros y siniestros sentimientos del localismo. La pena de muerte, que nuestra filosofía humanista y cristiana jamás ha aceptado, está vigente. No escandaliza su aplicación aun por delitos relativamente poco graves. Y hasta los políticos la sufren. El respeto a la vida del semejante que tanto distingue y enaltece al costarricense de nuestros días, no era muy corriente entonces. No hace mucho el pacífico y patriarcal gobierno de don Juan Mora Fernández ha fusilado a un español por una asonada. Y este castigo que luego ha de aducir don Braulio en su defensa, parece natural y legítimo, y sin embargo resulta cruel y estúpido ahora para nosotros.

El estado republicano ha tenido ya dos o tres mandatarios bonachones y pacifistas, incapaces de matar una mosca arbitrariamente, pero que nada han hecho por forjar la nueva nación. Se han limitado "a aguardar que se disipen los nublados del día". Y si Costa Rica les debe respeto, no les debe engrandecimiento. En tales circunstancias aparece don Braulio. Si no es el primer presidente en el orden cronológico, lo es un sentido más elevado, porque él, antes que nadie, echa los fundamentos de la actual República, y no contento con ello, edifica parte del edificio patrio. Surge en un tiempo que clama por un hombre de su talla. Por eso, aun cuando él no quiere ser presidente, sus compatriotas lo llevan a la presidencia, "amarrado" como refiere la leyenda o voluntariamente, como es seguro, poco importa cómo, lo cierto es que es llevado al primer puesto de la nación por el sector más progresista y avanzado del país. Con Carrillo, y si se quiere, coincidiendo con Carrillo, nace la República. Lo que no es obstáculo para que esta niña que ve la luz bajo el cielo sereno de Costa Rica y ha de crecer respirando las brisas del Irazú, del Poás, esté expuesta a multitud de asechanzas y de peligros. El destino ha querido que su maestro y vigilante sea don Braulio. Y don Braulio cumple esta misión. Esta niña se salva, se pone a salvo de los riesgos que le aguardan y crece, con la protección del "abominable" tirano. Durante su crecimiento, es víctima de cierto rigor y sus ojos ingenuos

han de contemplar actos para su tierna mentalidad, inexplicables, pero una cosa siente instintivamente, que hay alguien que vela por ella y la lleva a buen puerto. Y que este protector nada le pide. Todo lo contrario. Don Braulio ha de decirle: "No aspiro a destinos y recompensas, porque son demasiados el testimonio de mi conciencia y la seguridad con que apelo a él, pero sí anhelo vivamente porque se numere entre los hombres de bien". Y que este decidido protector, en su desinterés le ofrendaría hasta su vida, sin con ella hubiera de salvarla: "...sé por experiencia propia, que por lo común los que manejan los negocios públicos perecen miserablemente: y que bien se lo merecen si son patriotas fanáticos como yo".

Contemplada de esta guisa la época de Carrillo, y con el ropaje que ella nos presta, pasemos a otra cuestión: a estudiar las razones que originaron sus golpes de estado y cómo estos estaban en relación no sólo con la mentalidad de las gentes de hogaño, sino con la imperioso ley del progreso, que por cierto no se detiene en barbas.

Pero esto será materia del próximo capítulo.

---

# Municipalidad de Oreamuno

## (Acuerdo No. 3 de la sesión celebrada el día 20 de marzo de 1941)

*"Avenida Braulio Carrillo.*—Expone el Regidor Molina Mata, que en conmemoración del 141º aniversario del natalicio del eximio ciudadano, hijo preclaro de este pueblo, el recordado ex-Presidente de la República, don Braulio Carrillo, propone sea bautizada la avenida que partiendo del río "Toyogres" va a terminar a "La Chinchilla", lugar donde nació este ilustre varón, con el nombre de *"Avenida Braulio Carrillo"*. Esta Municipalidad, abundando en el mismo criterio del proponente, acuerda: Para conmemorar en este día la fecha del nacimiento de uno de los más destacados valores de este cantón, bautizar con el nombre "Avenida Braulio Carrillo" la avenida comprendida del río "Toyogres" a "La Chinchilla". Y para ser más efectiva esta nominación, pedir muy respetuosamente al señor Secretario de Estado en el Despacho de Fomento, le sea donada a esta Corporación una placa conmemorativa de bronce, que será colocada en el lugar en donde nació el ex-Presidente Carrillo".

Es conforme.

Guillermo Rojas C.
Secretario Municipal